



jar de escribir ciertas actitudes que en otras historias serian de mas bulto y consecuencia. Sin entrar por tanto en la investigacion de si habia salido el Señor de Jerusalem la mañana siguiente al sábado en que abrió los ojos al ciego de nacimiento, para hacer una incursión á la Galilea, ó si antes de dejar este país después de haber confundido al archisinagogo y á los demás fariseos que le censuraban por haber libertado en día de sábado del poder del demonio á la mujer encorvada; es preciso decir que después de obrado este gran portento, obró otro no menos grandioso en otro día de sábado de los siguientes y acaso en el inmediato, en beneficio de otro desgraciado que padecía tambien una horrible enfermedad, y en la casa de un fariseo de los mas distinguidos de la secta, jefe ó príncipe de los de aquel canton de Galilea, que habia convidado á comer al Salvador.

Motivos hay superabundantísimos en la historia de la vida de Jesús para afirmar que cuanto mas se aumentaba y extendia su gloria entre cierta clase de gentes de todos los pueblos, tanto mas crecía la envidia y aborrecimiento que los escribas y fariseos le tenían. Muchos eran á su parecer los motivos que habia para perseguir á Jesús; pero ninguno en su concepto mas fuerte y poderoso que el de la violacion de las fiestas del sábado; y de esto mismo se valieron para formar nueva querrela contra su Majestad en el día de aquel convite.

*Entrando Jesús, nos dice el Evangelista, en casa de uno de los principales fariseos, un sábado á comer el pan, le estaban ellos escuchando.* Pocas palabras por cierto parecen estas; pero en ellas se descubre toda la mala fe y el odio inveterado de que estaban poseídos los fariseos contra el Salvador. Mas censores y adversarios encontró Jesús en el lugar del convite, que sus amigos y apasionados; mas espías, que hombres destinados á hacer los honores y la corte al nuevo huésped; y mas corazones preocupados por la mas implacable venganza, resueltos á sorprenderle, acusarle y condenarle si posible le fuese, que amigos resueltos á defenderle. Consumidos por la envidia, observaban con ojos linceos las mas pequeñas acciones de Jesús, por si advertían motivo en alguna de ellas para clavar en su conducta el aguijon mortífero de que estaban armados

No es fácil resolver si los fariseos de Galilea pensaban ya de la misma manera que los de Jerusalem acerca del Salvador, ó si entre los primeros habia algunos de un carácter mas sencillo y menos violento, que deseaban instruirse por sí mismos y asegurarse de todos los pensamientos, acciones y doctrinas del Maestro divino, antes de decidirse á hacerle como los de Jerusalem, una guerra irreconciliable. Fuere, empero de esto, lo que fuese, lo cierto es que todos le observaban con escrupulosa atencion.

De paso es preciso observar, que aunque parece sonar el nombre de convite no era la que se presentó á Jesús, sino una mesa muy económica y frugal, puesto que nos asegura el Evangelista que entró el Señor *para comer pan*. Necesidad indica esta palabra, mas bien que delicias ó glotonerías. Por el nombre de pan se señala precisamente el alimento necesario para la conservacion de la vida, excluyendo todo lo superfluo, como asegura el venerable Beda [1]; añadiendo que el Salvador se contentaba con muy poco, y que de ninguna manera queria ser gravoso al que le habia convidado. Entró el Señor al convite, rogado, porque á los de los fariseos no asistía de otro modo, y al de los publicanos asistía aunque no le rogasen. Resistía la asistencia á los primeros, porque se apellidaban justos y sanos; por consiguiente no tenían necesidad de médicos; pero los publicanos se confesaban pecadores y enfermos, y tenían por lo mismo necesidad de médico que los curase. Así pues entra súbitamente y sin ser llamados en la casa de estos, porque como ciegos, necesitaban luz; y él era la verdadera luz del mundo que habia venido para iluminar todos los que estaban preocupados por las tinieblas de la muerte; y no asistía sino rogado á los convites de los otros, porque considerándolos llenos de soberbia, queria precipitarles en la carrera de la humildad haciendo que le rogasen. Observábasele con grande atencion, y en esto se descubre la gran perversidad y malicia de sus corazones. Cazadores insidiosos, le presentaban la comida cual si fuese una incauta avecilla, para cogerle en el lazo que tenían preparado.

Como la necesidad y la desgracia buscan siempre al que puede

[1] Ven. Bed. in cap. 14 Luc.

socorrerles, así tambien los pobres y los enfermos avenguaban los pasos de Jesús y los parajes donde podian encontrarle, por hallar y conseguir prontamente el remedio que necesitaban. Estimulábales á buscar con tanto afán y á buscar en pos de él la preferencia con que el Señor les miraba; y llenos siempre de una grandiosa y no menos admirable esperanza en todas partes se presentaban á él, y entre muchos era esta tan grande, que firmemente persuadidos de que solo con verles su Majestad se moverian á compasión sus entrañas, llenas siempre de amor, se ponian ante él mirándole de hito á hito y sin hablarle solo una palabra, siendo por consiguiente los ojos los únicos y fieles intérpretes de todos sus deseos. De esta misma fe y confianza pareció animado un hidrópico, que habiendo sabido que comia el Salvador en casa del fariseo, fué desde luego á buscarlo y se colocó delante de su Majestad sin hablarle una palabra, persuadido de que le bastaba dejarse ver de médico tan caritativo y amoroso, para moverle á compasión y conseguir repentinamente su salud. Efectivamente, no se engañó en el fondo de su corazón. Vióle Jesús y resolvió curarle; pero quiso atajar y prevenir la censura mordaz é injusta de los fariseos, y para prevenirla ó al menos para desvirtuarla enteramente, se anticipó á ella; y volviéndose á los doctores de la ley y fariseos que le rodeaban, les dijo: ¿Qué opinais vosotros? ¿es permitido curar á los enfermos en día de sábado? Esta pregunta, que ellos no esperaban, les puso en un embarazoso conflicto para darle pronta respuesta. Si decian que estaba prohibido, no podian presentar un texto de la ley que así lo expresase; y si decian que era lícito curar, aprobaban lo mismo que tenian ánimo de reprimir. Un silencio sepulcral y una inclinacion de ojos hacia la tierra, fué la demostracion inequivoca de su confusion. El Salvador llevó adelante los empeños de su misericordia, tomó por la mano al hidrópico, lo curó y le ordenó que se volviese á su casa. Tocóle el Señor con su mano para curarle, no por necesidad que tuviese de esta accion, sino por humildad; y para manifestar tambien que bajo el velo de su carne estaba escondida su divinidad. Despreciadas las asechanzas de los fariseos, sana al hidrópico, el que por el miedo que tenia á los fariseos, por ser aquel día de sábado no se atrevia á pedir al Dios de la caridad el rame-

no que necesitaba. No hay duda que los afectos tan encontrados y contrarios del hidrópico y de los fariseos, debian formar un espantoso contraste á la presencia del Señor, tanto mas subido por una parte y rebajado por otra, cuanto mayor era y mas ardiente la caridad de su corazón, la fe del hidrópico, y afrentosa é injusta la envidia de los fariseos.

De ninguna manera puede santificar mejor el hombre los días dedicados al Señor, que absteniéndose de pecar y ejercitándose en buenas obras. Los fariseos no podian condenar esta doctrina, que era la que el Señor anunciaba con sus palabras y confirmaba con sus hechos: por esto callaron cuando les preguntó Cristo sin desmayar por ello de llevar adelante los planes de iniquidad y de perdicion que habian meditado. Mas si el vergonzoso silencio en que permanecieron sucedió al hecho auténtico y decisivo de la curacion del hidrópico, ¿quién no creerá que el ejercicio y práctica de la caridad es el mayor y mas grande correctivo que los hombres virtuosos deben siempre oponer á la encarnizada persecucion de los malvados?

Segun la órden de Jesús, se habia retirado de su presencia el hidrópico, y en seguida dió claramente á entender á los fariseos que nada se le escondia de lo que ellos pensaban en su corazón por el bien que á aquel infeliz acababa de hacer: y para demostrarles que ya en otra ocasion habia cerrado la boca á otros de sus hermanos, porque por un hecho igual en día de sábado querian acriminarle, les dijo: Respondedme si podeis: ¿qué haria cualquiera de vosotros si por desdicha suya viese caer en día de sábado á un jumento ó á su buey en una profunda fosa? ¿no es cierto que iriais á sacarle con toda presteza de aquel peligro aunque fuese en día de sábado? Esta reflexion concebida en tan cortos y precisos términos les impuso otra vez un vergonzoso silencio, acabó de abatir su orgullo y cerró sus bocas maldicientes, pues ninguno de ellos se atrevió á oponerle cosa alguna; mas aunque la justificacion del Salvador no extinguió para siempre, como debia suceder, el odio de sus enemigos, impidió al menos por entorpecer todos sus progresos, y puso á su Majestad en estado de dar severas reprehensiones á los que se habian erigido en jueces de su conducta: y habiendo conseguido con esto el Señor hu-

millarlos completamente, creyó llegado el caso de usar con ellos de toda su autoridad.

No era Jesús un asechador insidioso de la conducta de los fariseos, era infinitamente sabio y previsor, y ninguna de las acciones de sus émulos, ni aun sus propios pensamientos, ni sus mas ocultos deseos se le escondian, por pequeños é insignificantes que fuesen. Habia notado el Salvador que los fariseos que habian concurrido á la mesa de su huésped habian buscado con solicitud los primeros asientos, y no ignoraba que si alguno que no fuese de su secta ó no tuviese su nombre se antepusiese á ellos, lo mirarian con indignacion; con cuyo motivo, y aunque fuese la ocasion de un festin, la juzgó la muy oportuna para dar sabios consejos ó reprehensiones saludables á aquellos que se glorian de ser los maestros de Israel; y usando de aquella libertad santa y admirable prudencia que siempre le haba distinguido, les dijo: Quando fuéreis convidados á algún banquet de bodas, guardaos bien de sentaros luego en la mesa para tomar el primer asiento; porque podrá suceder que algún hombre mas distinguido que vosotros sea del número de los convidados y que se presente cuando vosotros ya háyais tomado asiento: en este caso el esposo que os convidó se verá en la precision de deciros: Dejad el asiento que tomásteis y cededlo á esta persona, que debe ocupar un lugar preferente, porque es mas digna que vos. Si desde luego hubiéseis tomado un lugar menos distinguido ú honorífico, ninguna vergüenza tendríais que sufrir; pero ¿qué confusion tan grande si despnes de las representaciones del dueño de la casa os viéreis forzados á bajar y á buscar el último asiento?

Aunque esta tan sabia y prudente reflexion ya indica un documento sublime y tan claro, que no hay necesidad que se expusie; conociendo sin embargo su Majestad que la soberbia de los fariseos no lo comprenderia tan claramente como él deseaba, les añadió: Por esto es conviene buscar en tales ocasiones un pretexto ó razon para tomar el último asiento en la mesa del festin, y enonces, cuando viniere el que os llamó y os vea sentado en el último lugar, no podrá menos de haceros subir mas arriba y os resultará una gran gloria á la presencia de todos los demás. Que fué lo mismo que si les dijera: Con estas diferencias y con esta urbanidad es con lo que

un hombre se hace verdaderamente grande, se da honor á sí mismo y se grangea la estimacion de todo el mundo, pues es un principio recibido en el trato de la vida, que *todo hombre que se exalta será humillado; y que cualquiera que se humille será exaltado*. Seguramente que esta candorosa, pero terrible acriminacion del Salvador, no podia menos de afectar y confundir unos hombres tan soberbios y orgullosos, que en todo apetejian una tan grande preferencia exterior, que condenaba la verdadera humildad y reprobaban altamente el sentido comun y la buena crianza.

Y en efecto, nada hay á los ojos del mundo que tanto degrade al hombre y que le haga tan odioso y ridiculo, como el tenerse por mas que nadie y tomar para sí lo mejor en cualquiera materia. Nada hay mas despreciable, mas grosero y descortés que los soberbios, que ni siquiera tienen talento para disimular su orgullo: la verdadera grandeza se funda en la humildad, en todo es modesta y vive siempre guarecida contra el espíritu de ambicion, contra el amor de la gloria y el ímpetu de las otras pasiones que agitan el ánimo y llegan á turbar el órden exterior de la sociedad. La experiencia de todos los siglos y de todas las naciones atestiguan que nunca perdieron los hombres ni la virtud, ni su mérito, ni su grandeza, ni su honor, por no preferirse á otros ni pretender que les amen mas, ó que les den mas honra exterior que la que por su clase y estado merecen: antes al contrario, las historias de todas las naciones y tiempos atestiguan y confirman que los grandes disturbios del mundo, la guerra de las naciones, la ruina de los pueblos y la desgracia de las familias, siempre provinieron de haber deseado y apetecido los hombres mucho mas de lo que por su clase y posicion en la sociedad podia corresponderles.

La reprension de Jesús no podia caer en mejor lugar ni venir mas á tiempo, porque los fariseos eran soberbios hasta la locura; y es de presumir que los que estaban sentados en la mesa con Jesucristo se habrian portado de tal manera con su Majestad y con sus discipulos, que hubiesen preferido la antelacion á todos ellos, y por consiguiente debian aplicarse á sí mismos con toda exactitud esta sublime leccion.

Persuádense empero algunos que en esta humildad que Jesús

aconseja y manda, entran aquellos actos de pura urbanidad y cortésia que acostumbran á hacerse entre la gente que se llama cortés y bien educada, prescindiendo de todo principio de religion y de modestia; pero no es así. Habla precisamente el Señor de aquella humildad que es la enemiga capital de la soberbia, que la reprueba y la condena; pero no de aquella que los ambiciosos y soberbios hacen servir como de andamio para subir á los puestos mas honoríficos y elevados; porque esta es en el fondo verdadera soberbia: es una refinada hipocresía, es una simulacion y una perfidia. La verdadera humildad debe nacer del conocimiento de nuestra miseria, del conocimiento de nuestra propia indignidad, y del desseo de asemejarnos á Cristo; por lo que conviene saber que la humildad meritoria, la que se debe la gloria de la verdadera exaltacion, consiste en tres cosas: primera, en el aniquilamiento de la propia estimacion, mediante la que tanto se abate el hombre á sí mismo, que cree con toda verdad que es nada, no solo á la presencia de Dios, sino á la de los hombres mismos: reconociendo á Dios por un verdadero dador de todo lo que posee y goza en la tierra, tanto en bienes de naturaleza y fortuna como en bienes de gracia. Segunda, en el desprecio de todas las honras y dignidades que en la tierra se le pueden dar y ofrecer: por medio del ejercicio de esta humildad, el hombre quiere para Dios todo el honor y la gloria; y aunque se vea sublimado á los mas grandes honores ó enriquecido con las mas sublimes virtudes, no se engríe por esto ni se ensoberbece, sino que todo lo retorna á aquel de quien todo mana y fluye. Y la tercera consiste en dar á todos los demás la antelacion y preferencia en todas las cosas; lo que induce con sumo aprecio de nuestro prójimo, pues consideramos que todos son mas dignos y merecedores que nosotros, que son mayores sus méritos y mas heróicas sus virtudes. Porque cuando el hombre se juzga á sí mismo mas digno y merecedor que los otros, los desprecia mas bien que los honra. Vendrá después el Señor, y al que hallare prevenido con esta virtud tan acendrada, le honrará y sublimará, dándole en primer lugar el dulce nombre de amigo, y haciéndole después subir á un puesto mas preferente y distinguido: así será su gloria mayor á presencia de todos los convidados, que no podrá menos después de enviar

las grandes distinciones con que el dueño de la casa le honre. Para conservar esta humildad, por la que tantos honores la criatura á presencia de Dios merece, es preciso acordarse que es uno un pecador vilísimo, indigno de todo don y gracia de Dios, y de ninguna manera merecedor que Dios oiga sus oraciones y súplicas. Este es el camino real que conduce á la Patria; esta es la puerta por la que se entra en la posesion del Reino; este es el manto de oro purísimo que cubre perfectamente á los hombres y los hace gratos, aceptos y apreciables á los ojos de Dios y de los hombres; de modo, que tanto como se alegran los ángeles en el cielo de ver en la tierra verdaderos humildes, tanto confunden estos con su humildad á sus propios enemigos, que llegan alguna vez á convertirlos en apologistas y amigos [1].

A los convidados instruyó el Señor en la humildad, y luego declinó á otra leccion no menos sublime é importante para pagar en cierto modo el agasajo y hospitalidad el que á él y á sus discípulos habia convidado, y dirigiéndose á él mismo le dijo: Cuando prevegas algun banquete, oye lo que debes hacer para no perder á la presencia de Dios el mérito de tus expensas. No convides á tus amigos, á tus hermanos, á tus parientes, ni á tus vecinos si fuesen ricos y acomodados como tú; porque en tal caso no dejarán de convidarte á su tiempo, y de retornarte cada uno, tal vez con usura, cuando le llegue la ocasion. Estas compensaciones ocupan el lugar de la paga, los hombres las esperan sin advertir que ellas cierran la puerta á las liberalidades de Dios. ¿Quereis pues encontrar en la otra vida las expensas que haceis y prepareis en esta? Cuando diéreis un convite, llamad á él á los pobres, y entre estos á los que comunmente se ven mas abandonados, como son los ciegos, cojos é impedidos. No os aflijais porque de ellos nada tengais que esperar en el mundo: vuestra compensacion y dicha vendrán de mas alto. Esperad hasta el día de la resurreccion de los justos: ah! allí os espera el gran Padre de las misericordias, el Señor infinitamente rico, el único que sabe premiar la caridad de los hombres: mirad hasta dónde se extiende el mérito de la vuestra, y conocereis la lar-

[1] Div. Crisostom. Hom. 66 in Math.

guez y liberalidad inmensa de la de Dios; la vuestra pasajera y corta, y la de Dios perpetua y eterna.

No nos turbemos pues, dice san Crisóstomo [1], cuando no recibamos en la tierra compensacion á los favores y beneficios que á nuestro prójimo hiciéremos; turbémonos, sí, cuando la recibamos; porque si aquí ya la recibimos, no debemos esperarla allí; si el hombre no restituye, Dios compensa largamente. No desprecies pues á los enfermos, á los ciegos, cojos y tullidos, como si de nada fuesen dignos; piensa bien lo que son, y en el fondo de su corazon hallarás toda su preciosidad. Vistieronse de la imagen del Salvador, son los herederos de los bienes y del reino futuro; los llaveros del reino de los cielos; los mas elocuentes acusadores y los mas bellos defensores, á quienes atiende y entiende perfectísimamente el Juez, no con oírles hablar, sino solo con mirarles. A estos huéspedes se les debería recibir, no en la escalera ni en los cuartos donde están los arneses de los caballos, ni en los de los criados, sino en los estrados y salas principales; pues en ellos á Cristo se recibe, y Cristo es el pobre que en su persona nos pide. En la casa del baron limosnero no se atreve á entrar el diablo. No digas que el pobre es sucio y asqueroso; lávale y hazle después sentar en la mesa contigo; si tiene el vestido andrajoso y sucio, quítale aquel y vístele otro nuevo. En su persona, Cristo á tí se acerca; deja, hombre, de ser necio y de hablar vanidades y locuras: recibe al pobre, y el pobre será tu premio.

Si los ricos se dejasen llevar de las inmensas ventajas que deben necesariamente producirles el cambio de las riquezas, depositándolas en las manos del pobre, y los convites hechos á ellos en obsequio de la caridad, no hay duda que no se verian tantos miserables sumidos en las mayores calamidades; que la caridad cristiana se extenderia al socorro de muchos infortunios, y que la vinda, el pupilo y el huérfano encontrarían padres en la tierra que enjugarían verdaderamente sus lágrimas y cubrirían su desnudez; mas porque la insensibilidad y dureza del corazon desoyen los clamores de las víctimas de la desgracia, mientras ellos consumen en prodigalidades y

[1] Div. Crisostom. Hom. 3 in Ep. ad Colosen.

lascivias lo sobrante de sus tesoros; por esto el Señor les enseñó con tanta claridad reprendiendo los abusos de su glotonería: así hizo provechosa y utilísima, aun para sus mismos discípulos, la ocasion de un convite; así, en vez de murmuraciones y de otras conversaciones muy impropias que por lo regular se tienen en las mesas, hizo brillar los principios de religion y de sana moral que venia á establecer entre los hombres, consagrando á tan importante tarea todos los momentos de su vida, enalteciendo la gloria de su Padre, en la que estaba tan sobremanera interesado; y como el Salvador manifestaba con bastante claridad que los judíos serian excluidos del reino de Dios por la dureza de su corazon y la obstinada infidelidad que manifestaban, estaban con extremada inquietud y sobresalto todos cuantos le oian. Uno empero de los circunstantes, ó mas crédulo y movido interiormente que los demás, ó tal vez mas arrieso y sagaz, tomó pié de este gran discurso de Jesús, y desoso de oírle mayores explicaciones sobre el espiritual y eterno banquete de que les hablaba, le dijo: ¡Dichoso aquel que fuere admitido en el banquete del reino de Dios!

No habia entendido bien el fariseo rudo y carnal toda la sublimidad del discurso doctrinal del Salvador: él creyó que en la resurreccion futura de los justos de que se les hablaba, los bienaventurados en el cielo habian de alimentarse con manjares corporales, y que Cristo les prometia tambien un reino temporal y eterno; es decir, un reino que en el mundo durase para siempre. Como carnal, esperaba carnales y corporales remuneraciones, y prescindia de la vida espiritual del alma dichosa y feliz, que era todo el objeto de la predicacion de Jesús, la que consiste en la vision y fruicion de la hermosura de Dios y de la divinidad de Cristo, que se llama asimismo pan de la vida; sobre le dice san Agustín [1]: Este hombre suspiraba como quien espera un gran bien que de lejos ha de venir; y este bien mismo por quien suspiraba y de lejos esperaba, sentido como él estaba á la mesa, teniale á su vista y de su presencia gozaba; pero como era carnal y terreno, como desatendia el sentido espiritual y no queria abrir los ojos á los milagros de Jesús, por es-

[1] Serm. 80 de Verb. Domini.

to no le conocía. Porque ¿quién puede ser este pan del reino de Dios sino el mismo que dice: Yo soy el pan vivo que bajé del cielo? No prepares pues solamente, oh cristiano, para recibirle, tu boca y tu garganta, sino que debes preparar tu corazón. Bienaventurado por tanto el que se alimentará de este pan, que es la refecion y el alimento espiritual de las almas eternamente en el reino de Dios, viéndole y gozándole; por cuya razón se dice en el Eclesiástico: *Los que comen de este pan todavía tendrán hambre*; no porque hambre padezcan los espíritus como la padecen los cuerpos, sino porque se fastidian muy pronto y se desmayan por la ausencia de aquel, que siendo todo amor purísimo, es el único y verdadero alimento del alma. Este es el colmo de la dicha, esta es la cumbre del honor, y esta es la felicidad mas grande que el hombre puede ambicionar. Muchos hay que desean ser felices, pero muy pocos los que desean la felicidad que les conviene.

## ORACION.

*¡Oh Señor Dios mio y Padre amantísimo Jesucristo! extiende la mano de tu misericordia, cógeme y protéjeme, no sea cosa que prevalezca en mí la hidropesía de los deleites carnales, de la avaricia y de la soberbia; inspírame la humildad verdadera que tú deseas ensalzar; humilla esta alma mía presuntuosa y soberbia, para que desee sinceramente el ínfimo lugar que le corresponde, y por tu piedad merezca subir al altísimo que tú le ganaste con tu santísima vida, pasión y muerte, á fin de que por tu misericordia y bondad me conozca, y conociéndome me humille, y humillándome por tí sea ensalzado. No consentas en mí la humildad fingida, que nace de la refinada soberbia, sino que sea humilde por conocimiento de mí mismo, por la persuasión de mi indignidad, por el espíritu de la penitencia, por el ansia de seguir tu Evangelio, y por el ardentísimo amor de asemejarme á tí. Dador opulentísimo de dones y gracias, haz que nunca aparte mi vista de las nece-*

*sidades de los pobres, para que socorriéndoles á ellos sea yo socorrido con el pan celestial, que eres tú mismo, y le coma en tu reino, gozándote eternamente en compañía de los espíritus bienaventurados que sin cesar te bendicen y alaban en la gloria. Amen.*

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XIV del Evangelio de san Lucas, desde el versículo 1.º hasta el 15, ambos inclusive; y la contestan san Mateo en diversos parajes y trozos de los capítulos 5, 10, 16, 18, 22 y 23, y san Marcos en los capítulos 8 y 9.

La Iglesia lo usa como propio en la misa de la dominica XIV después de Pentecostés, desde el versículo 1.º hasta el 11, ambos inclusive; dice así:

EVANGELIO DE LA DOMINICA XIV DESPUES DE PENTECOSTES.

*San Lucas, cap. XIV, vs. 1 al 11.*

En aquel tiempo entrando Jesús en casa de uno de los principales fariseos, un sábado, á comer el pan, le estaban ellos asechando. Había allí delante de él un hidrópico, y vuelto Jesús á los doctores de la ley y á los fariseos les dijo: ¿Es lícito curar enfermos en sábado? Callaron ellos, mas Jesús tomando á este hombre le sanó y le despidió. Y dirigiendo á ellos la palabra dijo: ¿Quién de vosotros si le cae en el pozo el asno ó el buey no le sacará luego en día de sábado? Y no podían responderle á esto. Considerando tambien cómo los convidados escogían los primeros asientos, les propuso esta parábola, diciéndoles: Cuando fueres convidado á bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que entre los convidados haya otro mas honrado que tú, y viniendo el que os convidó á tí y á él, te diga: Da á este ese lugar, y entonces te veas obligado á ocupar el último con afrenta tuya propia; sino que cuando fueres convidado vete á ocultar en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó te diga: Amigo, sube mas arriba. Lo que te acarreará honor á vista de los demás convidados; así es que cualquiera que

se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. (*Hasta aquí el Evangelio de la dominica.*) Decía también al que le había convidado: Tú, cuando das comida ó cena, no convides á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á tus parientes ó vecinos ricos, no sea que también ellos te conviden á tí y sirva esto de recompensa, sino que cuando haces un convite has de convidar á los pobres, y á los tullidos, y á los cojos, y á los ciegos, y serás afortunado, porque no pueden pagártelo, pues así serás recompensado en la resurrección de los justos. Habiendo oído esto uno de los convidados, le dijo: ¡Oh, bienaventurado aquel que tendrá parte en el convite del reino de Dios!



## CAPITULO XXX.

### DE LOS CONVIDADOS A LA GRANDE CENA DEL PADRE DE FAMILIAS, A LA QUE SE EXCUSAN TODOS DE ASISTIR.

Si los fariseos hubiesen sido menos preocupados y hubiesen oído á Jesús con atención y fervor como debían, hubiesen sabido aplicar las grandes y preciosas verdades que sus palabras encerraban, y sin duda hubieran logrado satisfacer las ansias que aparentaban tener encerradas en el fondo de su corazón. Mas al mismo tiempo que el Salvador procuraba, no solo ilustrarlos, sino atraerlos así con tanta suavidad y dulzura, también á la par procuraba amenazarlos con el designio de arrancar la obstinación de su ánimo y guiarlos por el camino de la verdad. Muchos hay entre los cristianos, que en todo parecidos á los soberbios, son más inclinados á la satisfacción de los goces y deleites temporales, que á probar las dulzuras de los que alegran y fortalecen el espíritu, le llenan de gozo en la tierra, y son como el principio ó las primicias de los deleites eternos que han de disfrutar en el cielo; y para manifestar su Majestad que los que están poseídos de este tédio mortal no son dignos de sentarse en la mesa de los convites eternos, les añadió otra parábola, en la que al



mismo tiempo que les manifestó la abundancia de la largueza divina, redarguyó y acriminó la multiplicada ingratitud de los judíos, que habían sido llamados á los convites celestiales antes que las demás naciones de la tierra: primero por los profetas, segundo por Jesucristo, tercero por los apóstoles, y á pesar de esto reusaron entrar por la puerta de la fe, y por esto fueron llamados los gentiles.

Un hombre, les dijo el Señor, preparó una grande cena, y convidó á ella muchas personas. *Un hombre*, esto es, Jesucristo Dios y hombre verdadero, que es hombre en razon de la verdad de su naturaleza humana, y que es uno en razon de la singularidad de su persona respecto á los demás. Este hombre, que es el gran Padre de familias que compró á todos sus hijos, que son los de toda la naturaleza humana, con el precio infinito de su sangre, les preparó la gran cena de la gloria y la refeccion permanente en la eterna bienaventuranza, en la que se goza Dios con sus santos y escogidos, para que todas las criaturas se gozasen en ella tambien. Y es de advertir que se llama cena, porque es la refeccion última; pues así como la una se prepara á la caída del sol, y después de ella ya ninguna otra refeccion se toma hasta el día siguiente, así tambien se nos da la vida eterna al declinar el día de la vida presente, después de la que ya nada la criatura puede esperar, sino ó su refeccion eterna en el cielo ó su condenacion eterna en el infierno. Llámase *cena magna ó máxima*, porque el hombre no es capaz de comprender toda su inmensidad y grandeza. *Llamóse á ella á muchos*, porque Dios quiere salvar á todos los hombres. A unos llamó por medio de sus ángeles, á otros por los antiguos patriarcas, á otros por los profetas, á otros por sí mismo, á otros por sus apóstoles, á otros por la predicacion de sus ministros, á otros por las inspiraciones interiores de la gracia, á otros por medio de las prosperidades y beneficios, y á otros en fin por medio de las adversidades y castigos. *Y envió á su criado*, esto es, al predicador evangélico, porque aunque estos son muchos en número, no son mas que uno en el espíritu de la fe y de la caridad. *Envíole á la hora de la cena*, en la última edad y tiempo de la gracia, porque aunque en las otras edades eran llamados á la cena todos los hombres, ninguno sin embargo era recibido á ella, sino que todos los que un día habían de cenar con el

Padre de familias, bajaban al limbo para esperar aquella hora: y se decia *á los convidados que viniesen*, esto es, que se dispusiesen para celebrar las bodas del Cordero, para las que todo estaba ya preparado.

Antes de la venida de Cristo no estaba todavía preparada aquella cena, porque nadie podia entrar en la vida eterna; sacrificado empero el Cordero inmaculado, se abrieron las puertas de los palacios eternos, y después fueron enviados los apóstoles á aquellos á quienes antes lo habían sido los profetas. Por esto denota en primer lugar esta grande cena la vocacion de los pueblos á la fe de la encarnacion, en la que Jesucristo unió á sí, esto es, á su naturaleza divina con lazo indisoluble, toda la naturaleza humana y toda la Iglesia. Esta fué la mas estrecha, la mas tierna, la mas rica é inviolable alianza de cuantas se habían visto en el mundo, por la cual entendemos lo ventajosa que es al alma la íntima union con que quiere unirse Dios con ella en su mismo Hijo, por la fe y por la caridad.

Mas expresamente denota tambien y significa esta cena el convite magnífico y suntuoso, el mas espléndido y rico que jamás los siglos pudieron ver ni aun pensar que nos preparó Jesucristo en la sagrada Eucaristia. Los convites de los hombres muy ordinariamente se hacen por necesidad, por deleite, por interés ó por otras causas que pueden ser indicios de mayor necesidad en el que convida que en el convidado; pero solo Jesús convida á su mesa y se da á sí mismo en manjar sin necesidad propia, por pura bondad, con ansia de comunicarse á sí mismo y de hacer á sus huéspedes participantes de su gloria y eterna felicidad. Y por fin denota este convite la alianza perpétua del Esposo y de la Esposa, esto es de Jesucristo con su Iglesia y de todos los escogidos con Dios, sin que falte quien diga que aquella cena consiste principalmente en tres cosas, á saber: en la vision beatífica de las tres divinas Personas, en la sociedad de los ángeles y en la compañía de todos los santos.

Siendo esto así, como es indudable, es sobremanera horrible ver que los convidados todos se excusaron con muy frívolos y despreciables pretextos. El primero dijo: Que había comprado una casa de campo y que le era preciso ir á verla, añadiendo al criado: Yo

os ruego agradezcais de mi parte al amo la fineza del convite, y que me tengais por excusado. El segundo encareció la imposibilidad de presentarse, con el pretexto de que habia comprado cinco pares de bueyes, y que tenia necesidad de irlos á probar, por cuya razon rogó, como el primero, que se le tuviese por excusado. Y el tercero dijo: Acabo de casarme; es absolutamente imposible el que deje la esposa tan presto; por lo que rogaba tambien se le tuviese por dispensado de asistir. Todos se excusaron y se retrajeron por sus obras malas, porque amaron y prefirieron mas las cosas corporales y terrenas que las celestiales y espirituales; por lo que dice san Gregorie [1]: Todos se excusan, si no con la palabra, al menos con el pensamiento y con la obra: todos, dice, esto es, por la mayor parte; porque respectivamente son muy pocos los que se salvan. Muchos son los llamados, pero pocos son los que vienen; porque aunque son muchos los que á Dios se sujetan por la profesion de la fe, son muchísimos los que viviendo mal resisten y contradicen el convite. Pero ¡ay de aquellos que así lo hacen! Un hombre rico hace un convite en la tierra, y todos los convidados se dan prisa para asistir á él; y Dios convida y todos se excusan. Convida el hombre, porque la necesidad en muchas ocasiones le obliga y convida á aquellos á quienes cree necesita: por grande que sea el convite y suntuoso, siempre es momentáneo y corto; y convida Dios, no por necesidad, sino de muy buena voluntad, y con misericordia y caridad eternas, no á un convite transitorio y de poca duracion, sino á un convite eternamente duradero, y todos los convidados se excusan con excusaciones tan voluntarias como necias: las unas demuestran soberbia, las otras avaricia, las otras indican lujuria, y todos dicen que no pueden asistir; por consiguiente todos se hicieron indignos de entrar á las bodas del Cordero.

Compró el primero la villa y expresó que debia ir á verla. He aquí la ambicion de las dignidades y de la presidencia en el mando. He aquí la dominacion, he aquí la soberbia; porque los soberbios son los que á otros quieren dominar. Dijo otro que habia comprado cinco pares de bueyes: he aquí la avaricia expresamente ma-

[1] Div. Gregor. Hom. 36 in Evang.

nifestada por la necesidad de irlos á probar. He aquí la expansion de los sentidos corporales, de los deseos y afectos del corazon, y de la inclinacion vehementemente á todas las cosas terrestres y mundanales; pues por los bueyes que la tierra surcan y revuelven se entienden las cosas terrenas. Otro por fin dijo, que con motivo de su casamiento y de tener que estar con su esposa no podia tampoco asistir; esta es la verdadera expresion de los afectos carnales y lividinosos: y dijo muy bien que no podia ir, porque entregado el corazon á estos afectos, es sobremanera débil para obrar las cosas divinas; por cuya razon dijo muy bien un célebre poeta cristiano: *La villa, los bueyes y la mujer cerraron la puerta á los llamados; el mundo, sus cuidados y la carne, cerraron el cielo á los bautizados.*

Á estos tres vicios parece que quedan reducidas y como en ellas encerradas todas las cosas que privan al hombre la fruicion de los gozes celestiales; porque como dice san Juan: Todo lo que hay en el mundo es, *ó concupiscencia de la carne, ó concupiscencia de los ojos, ó soberbia de la vida* [1]. Sobre lo que añade san Agustin: Todos vosotros los que venís á la cena de Dios, no querais amar al mundo ni á las cosas que son del mundo. El amor de las cosas terrenas es la liga con que se cogen las espirituales y eternas penas, porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambicion del siglo. La de la carne por los deleites, la de los ojos por las riquezas, y la soberbia de la vida por las honras. El mundo da á sus seguidores un ramillete compuesto de estas tres flores, *deleites, honras y riquezas*; y bajo de ellas están escondidas las tres punzantes y matadoras espinas que san Juan nos refiere; cébalos el mundo con prosperidad, con gozo, disimulaciones y consentimiento de sus pecados; y luego los mata para que sean eternamente atormentados. Quitemos pues de enmedio excusaciones vanas y malas, y vengamos á la cena en la que precisamente ha de engordar nuestra alma con el manjar celestial y divino que el Esposo nos tiene preparado. No nos lo impida el engreimiento, no la soberbia, no la vana curiosidad, no la sensualidad de la carne, no los deseos corrompidos del corazon; to-

[1] Ep. 1.º Joann. cap. 2.

do esto nos aparta de Dios. Vengamos, sentémonos en la mesa, embriáguense nuestro espíritu con la sangre del Cordero que quita los pecados del mundo, y nuestro gozo será satisfecho y completo [1].

Estas excusas dadas por los convidados obligaron al siervo á que diese cuenta de todas ellas al gran Padre de familias, el que no pudo menos de irritarse contra la ingratitude horrible de aquellas gentes. Y viéndose al parecer así desairado, dijo al siervo: Anda prontamente, recorre las plazas y las calles de la ciudad y recoge los pobres, los impedidos, los cojos y ciegos que encontres y tráedmelos aquí. Misteriosa es, no hay duda, esta especie de ira del Padre de familias; esto es, de Jesucristo, contra los menospreciadores de su cena; porque como dice san Agustín [2]: La ira de Dios es la venganza que su Majestad toma contra el pecador ingrato, y justamente se irrita y enfurece por causa de las negligencias de los hombres, que despreciando la cena dispuesta que les ha de dar la vida eterna, prefieren llenar su vientre de las comidas viles y despreciables. *Hizo salir á su siervo por las calles y plazas de la ciudad*, porque así como las puertas de estas están cerradas muchas veces, se entendiese precisamente el llamamiento de los judíos que estaban como encerrados dentro las legales observancias, y eran como los ciudadanos de Dios. Eran pobres por la falta de gracia y de virtud, y débiles por la falta de buenas obras, y ciegos por la del verdadero conocimiento, y cojos por la de rectitud en sus intenciones y afectos; *é introduce, le dijo tambien*, todos los humildes que reputándose por indignos, desean entrar y no se atreven; y á estos quiere Dios llamar á sí por la penitencia, é introducirles en su convite eterno, pues en lugar de los príncipes, y sacerdotes y doctores de la ley de los judíos despreciados de Dios por su soberbia, llama el Señor á su cena á los sencillos, á los humildes, á los publicanos y á los pecadores.

Porque reusan venir los soberbios, dice san Gregorio [3], son elegidos los pobres; pues eligió Dios lo enfermizo y despreciable del mundo para confundir lo orgulloso y fuerte. Los pecadores sober-

[1] Div. August. Serm. 33 de Verb. Dñi.

[2] Div. August. in Ps. 78.

[3] Div. Gregor. Hom. 36 in Evang.

bios son despreciados, y los pecadores humildes son elegidos. A aquellos elige Dios á quienes el mundo desprecia, porque muy regularmente sucede que el desprecio del mundo obliga al hombre á entrar en sí mismo y á levantarse á Dios. Llámense los pobres, los ciegos y los cojos, los débiles y enfermos, porque cuanto mas despreciados del mundo, oyen tanto mas pronto la voz del Señor, porque no tienen en el mundo donde distraerse y deleitarse. Vienen los mendigos, porque convida aquel que siendo infinitamente rico, por nosotros se hizo pobre, á fin de que con su pobreza nosotros nos enriqueciésemos. Vienen los débiles y enfermos, porque les convida el Médico, y los robustos y sanos no tienen necesidad de él: vienen los cojos, porque les convida el que endereza todos los pasos torcidos, y los encamina derechamente á la consecucion del último fin. Vienen los ciegos, porque los convida la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene al mundo. Mas después de todo esto, y obedecido puntualmente el amo, quedaban todavía en la mesa muchos asientos vacíos, lo que visto por aquel, dijo á su señor: Cumplióse exactamente todo, lo que mandásteis y aun queda un lugar bastante espacioso que llenar. Pues anda, dijo el señor, sal de la ciudad, marcha por los caminos, recorre los vallados, ruega, suplica, empeña, y aun precisa á cuantos encontres, para que vengan á mi casa á fin de que se llene completamente mi mesa. Porque desde ahora declaro que ninguno de aquellos que fueron llamados y rehusaron venir al convite, ninguno se sentará en mi mesa ni gustará de mi cena.

Manifiesta es y clara con este motivo la vocacion de los gentiles, que como agrestes y salvajes estaban dispersos por los campos, echados por los caminos y expuestos á todos los peligros de la gentilidad misma en que vivian; y á estos, como que se les forzó á entrar por la constancia é importunacion de la predicacion de los apóstoles, llámense los que se miran apartarse del mal por las fervientes exhortaciones con que se les enseña, y se les obliga ó hace violencia con la dureza de las conminaciones con que se les atrae. Y así es que á los judíos solo se les mandó llamar, y á los gentiles ordenó que se les hiciera violencia; porque para los primeros debia bastar un llamamiento menor, puesto que tenían la ley y los profes-

tas; y como los gentiles estaban como dormidos ó aletargados, sin tener quien los instruyese y dispase las tinieblas en que yacian sumidos, era por lo mismo necesario un llamamiento mayor, y como una fuerza que les impeliese ó violentase, con el santo y laudable designio de que se llenase la casa paterna, esto es, el cielo, donde se ha de hacer y celebrar el convite eterno al número determinado de los predestinados, que no ha de quedar incompleto. Por esta violencia entiéndese tambien la que se hace á los herejes, que castigados por la Iglesia abjuran en sus errores y vuelven al seno de la buena y cariñosa madre; y todos aquellos en fin que desengañados de la mala correspondencia del mundo vuelven otra vez á Dios, al que por el mundo habian abandonado.

Preciso es que tenga el corazon endurecido y obstinado el que no conozca las grandes impresiones que Dios quiere hacer en el de las criaturas por medio de esta misteriosa parábola; pues si bien resplandecen por una parte en ella el amor y la caridad de Dios, por otra brillan sus amenazas y justicias, haciendo temblar y estremecer la voluntad mas depravada. No hay duda, tarde ó temprano venga Dios el menoscprecio de su palabra y la injuria hecha á sus ministros: mensajeros son del Eterno, anunciadores de sus misericordias, pregoneros de sus justicias. Por su medio nos llama el Señor á la vida de la fe, á los consuelos de la religion, á la fruicion de la mesa santa. Dichoso el que reconociéndose pobre y falto de poder y de fuerzas, confiesa su pequeñez, oye la voz del Ministro Augusto, clama por él al Padre celestial, y por él espera la consecucion de su verdadera salud y la riqueza eterna. Para la salvacion no hay acepcion de personas; toda especie de gentes son llamadas á este gran convite; gentiles y judios, nobles y plebeyos, ricos y pobres, y aun estos por su nombre; porque es mas fácil hacer escalera del cielo, de la pobreza que de la riqueza; pues vemos muchos pobres bien hallados en su pobreza, y pocos ricos desprendidos de su riqueza. ¡Cuánto mas valdrá esta razon para los que voluntariamente se hacen pobres de espíritu, y por Dios se desprenden de los bienes temporales!

De advertir es, y causa admiracion, que no se negaron los pobres á admitir el convite que despreciaron los ricos. Escucharon al sier-

vo enviado, agradecieron la liberalidad y misericordia del Señor que los llamaba, y hallaron cabida en su misma mesa, esto es, en el seno de Dios, donde celebra su eterno banquete con los escogidos; pero como este mismo seno es un océano insondable, como es un piélago inmenso de claridad y de luz, no pudo llenarse con la vocacion de los judios, y mucho menos habiendo entre ellos tanto número de ingratos. Llamáronse los gentiles, y aunque todos entrasen en este gran festin, no se llenaria su inmensidad; sin embargo, contadas están en el cielo y dispuestas las sillas para los escogidos; no hay pues que temer que falte lugar para los que de veras quieran salvarse. ¡Oh, cuán bueno es el Señor! ¡Cuán admirables son todas sus obras! ¡Cuán deliciosos y amables sus tabernáculos! ¡Oh, cuántos medios inventa su caridad infinita para atraer á sí y dar entrada en su mismo seno á los descaminados y perdidos que quiere salvar! ¡Qué temes, miserable pecador? ¡Por qué desconfías de la misericordia que te está aguardando? Mira los medios ingeniosos de que se vale para que no te pierdas. A unos convida, á otros llama, á otros atrae, á otros compele. Si no te basta la gracia del convite y de la vocacion exterior animada de la suave eficacia de su espíritu, ruégale que te compela por un medio extraordinario, que rompa la cadena de tus vicios y te descarne de tus pasiones, y ayunte de tí las ocasiones de pecar y perderte.

Si los fariseos hubiesen procedido de buena fe y querido aprovecharse de las doctrinas del Señor profundizando las Escrituras santas, como con frecuencia les enseñaba el divino Maestro, la inteligencia ó interpretacion de esta parábola misteriosa no les hubiera sido difícil, puesto que la bondad del Señor, que tan liberalmente les instruia, no tuvo á bien explanarla como lo habia hecho con otras; pero los sucesos que se verificaron después, que se verifican aun y que seguirán verificándose hasta la consumacion de los siglos, nos han dado su mas genuina y exacta explicacion, y su sentido literal se ofrece por sí mismo.

Si se atiende á la persona de Jesús, á su altísima dignidad, al grande é importante ministerio que ejerce, se verá que él es el verdadero enviado por su Eterno Padre como Hijo único suyo; que el banquete es la doctrina santa del Evangelio y la sagrada mesa eu-

carística. Que la casa es la Iglesia católica; que los primeros convidados son los hijos de Jacob y las ovejas descarriadas de la casa de Israel; y que los primeros que resisten la asistencia son los ministros de la ingrata Sinagoga y todos los encargados de la dirección, ya civil ó ya religiosa, de los hijos del pueblo santo. Que volvió el enviado á su Padre y se sentó á su diestra después de su pasión y muerte, y llevó consigo al banquete de la gloria los pobres y los enfermos que estaban encerrados y detenidos en el seno de Abraham desde el principio del mundo esperando su redención. Y que enviando desde allí, en cumplimiento de su promesa, el Espíritu Santo sobre los apóstoles, les hizo salir después para llamar en los caminos y en los vallados á los gentiles dispersos en lugar de los judíos, ocupando los primeros en la Jerusalem militante el lugar que dejó vacío la incredulidad de Israel. Para los nuevos llamados pues fué la verdadera felicidad en premio de su obediencia, porque ninguna puede prometerse el que desprecia los estímulos de la divina gracia y desoye la voz de Dios que le llama, para que vaya á él y se salve. Muchos fueron los llamados por la ley natural, muchos por la ley escrita, y muchísimos mas por la predicación evangélica; pero pocos son los que vinieron y entraron por la ley, y aun de estos muy pocos los que viven de la fe, y menos los que perseveran en esta vida hasta el fin.

No es extraño que concluya el Señor su elegante discurso diciendo á los fariseos que presentes se hallaban: Mas yo os digo que ninguno de aquellos varones que fueron llamados, esto es, ninguno de los que se excusaron y no quisieron venir gustará mi cena. Terrible juicio es esta exclusión perpetua de los convidados que una vez sola desestimaron el convite; y mucho mas terrible si se atiende no solo la verdad, sino la infalibilidad y justicia de aquel que lo pronuncia; y mucho mas terrible si se atiende que no solo significa que no gustarán la cena, sino que ni tampoco la verán; porque los santos la gustan y la ven tambien en esta vida presente, según que escrito está: *Gustad y ved cuán suave es el Señor* [1]. Sobre lo que dice san Gerónimo: Muy de temer es esta sentencia del Señor. Na-

[1] Ps. 35, v. 9.

die pues desprecie el venir, no sea cosa que ya que se excusa siendo llamado no pueda entrar cuando quiera [1]. Seguramente que el que no entrare siendo llamado, hambriento y vacío ha de quedar después. Este es el gran peligro á que se exponen los que desprecian el llamamiento de Cristo: en la vida presente serán privados de la refeccion espiritual de la gracia, y en la vida futura lo serán de la gloria. Considerar debemos pues bien la altísima dignidad á que somos llamados cuando el Señor nos convida con tanto amor y despreciando todo lo caduco y perecedero para obtemperar su llamamiento, preparémonos para conseguir lo futuro, que es permanente y eterno. Permanezcamos pues conservando la altísima dignidad que en el principio, esto es, en el santo bautismo, recibimos por la fe, y busquemos cada dia con afán el reino futuro. Pensemos que todo lo presente son sueños y sombras, y que lo venidero son realidades eternas. Si nada hay en el mundo tan precioso como la vida, nada hay tan estimable ni precioso fuera de este mundo corruptible como la vida eterna; y puesto que á la vista nos pone el Señor este grandioso y admirable ejemplo, no despreciemos nunca su misericordia y su gracia, que son la prenda segura de la felicidad eterna.

#### ORACION.

*Señor mio Jesucristo, que queriendo salvar á todos los hombres es preparaste la refeccion eterna en la celestial bienaventuranza, llamando á muchos á ella de muchas y diversas maneras; no permitas que yo, miserable pecador, sea excluido de aquella gracia general que veniste á repartir á muchos. ¡Qué será de mí ¡Dios mio! si al clamor de tu piedad que me atrae hácia ti opongo yo la rebeldía de un corazón obstinado? ¡Quién me abrirá la puerta de tu casa si no me dejo yo atraer de tí ahora que me convidas y de tantas maneras me compelas para que á tí me acerque? Enséñame, Señor, á pisar la soberbia, la ambicion, la avaricia, la concupiscencia de la carne y todos los deseos que de tí me separan y alejan,*

III Div. Greger. Hom. 36 in Evang.

todos los gozes que me cierran la entrada á tu eterno convite; y ya que soy pobre en gracia y virtud, débil en el bien obrar, ciego en el conocimiento, y cojo para caminar derechamente hácia tí, sé tú mismo mi maestro, mi defensor y mi guía, ahuyenta todo aquello que de tí me separa, y con tu gran misericordia conducíme tú mismo á los espacios eternos de la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XIV de san Lucas, desde el versículo 16 hasta el 24 del mismo, ambos inclusive. Contéstanse san Mateo y san Marcos en diferentes parajes de sus respectivos Evangelios.

La Iglesia lo usa como propio de la Dominica *infra octavam* del Corpus; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA INFRA OCTAVAM

DE CORPUS CHRISTI.

*San Lucas, cap. XIV, vs. 16 al 24.*

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos esta parábola: Un hombre hizo una gran cena y convidó á muchos, y á la hora de la cena envió un criado á decir á los convidados que viniesen, pues ya todo estaba preparado. Y empezaron todos como de concierto á excusarse. El primero dijo: He comprado una granja y necesito ir á verla; ruegote que me tengas por excusado. Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y quiero ir á probarlas; ruegote que me tengas por excusado. Y otro dijo: Acabo de casarme, y así no puedo ir allá. Habiendo vuelto el criado, refirió todo esto á su amo. Irritado entonces el padre de familias, dijo á su criado: Sal luego á las plazas y las calles de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. Y dijo el siervo: Señor, hecho está como lo mandaste, y aun sobra lugar. Y dijo el Señor al criado: Sal á los caminos y á los cercados, y compele á los que halles á que vengan para que se llene mi casa. Digoos que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena.

## CAPITULO XXX.

DE LA SCENOPHEGIA, FESTIVIDAD DE LOS JUDIOS, O SEA FIESTA DE LOS TABERNACULOS, Y DE LA VISITA QUE HIZO JESUS A MARTA Y MARIA EN BETHANIA.

Después de estas grandes doctrinas y parábolas misteriosas permanecía Jesús en Galilea enseñando en las sinagogas de aquel país, dando vueltas por todos sus pueblos, porque no quería marchar á Judea, pues no ignoraba los designios de los judíos sobre su persona. Durante todo el año treinta y dos de su vida, no había ido á Jerusalem, ni á la fiesta de la Pascua, ni á la de Pentecostés, y mucho menos á la de las trompetas ó de la expiación, que no eran tan solemnes. No tenía miedo á la resolución formada por los príncipes y sacerdotes de apoderarse de su persona para hacerle morir, puesto que no había llegado aun la hora determinada por su Padre: sin embargo, vivía retirado de la capital y recorría los países sujetos á Herodes sin poner el pié en alguna de las tierras donde los jefes de su nacion pudieran tener alguna autoridad.

La solemnidad llamada *Scenophegia* ó de las *Cabañuelas*, se celebraba en memoria de los cuarenta años que anduvieron los israelitas por el desierto alojados en tiendas. Duraba ocho dias, y el úl-